Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo
Author(s): Emilio de Ipola
Source: *Desarrollo Económico*, Vol. 29, No. 115 (Oct. - Dec., 1989), pp. 331-359
Published by: Instituto de Desarrollo Económico Y Social
Stable URL: http://www.jstor.org/stable/3466878
Accessed: 04-03-2016 12:51 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Instituto de Desarrollo Económico Y Social is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Desarrollo Económico*.

http://www.jstor.org

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Desarrollo Económico, v. 29, Nº 115 (octubre-diciembre 1989)

RUPTURA Y CONTINUIDAD. CLAVES PARCIALES PARA UN BALANCE DE LAS INTERPRETACIONES DEL PERONISMO*

EMILIO DE IPOLA**

Como sucede con cualquier fenómeno histórico trascendente, el peronismo ha tenido el privilegio de haber sido objeto de múltiples y encontradas interpretaciones. Muchas de ellas han sido, por diversas razones, rápidamente olvidadas[1]. Otras, al contrario, no sólo han retenido por años la atención de los científicos sociales, sino que también han influido significativamente sobre el pensamiento político argentino e incluso sobre el peronismo mismo[2].

Este último hecho ha acarreado la inesperada pero lógica consecuencia de tornar todavía más compleja la respuesta a un interrogante que aún sigue en pie: el de la "verdadera naturaleza" del peronismo. Ya que si ese interrogante es permanentemente replanteado, ello se debe no sólo al hecho de que el peronismo es un fenómeno político aún en plena vigencia, sino también a que es, además, un fenómeno político excepcionalmente "mediado" por la vasta serie de discursos que él mismo ha producido y produce o bien que lo han tomado y lo toman por objeto. A ello hay que añadir los efectos derivados de los cambios que periódicamente experimentan los

* Este trabajo retoma y reelabora —introduciendo además importantes modificaciones en varios tópicos— el artículo "El peronismo y sus espejos" que figura en mi libro *Investigaciones políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1989.

** CONICET-Universidad de Buenos Aires.

[1] Me refiero, además de las interpretaciones de corte panfletario, a aquellas que, a pesar de demostrar un buen nivel de información, ponen todo su empeño en desconocer la complejidad del fenómeno peronista, reduciéndolo a una significación única y unívoca (por ejemplo, "fascismo" o, en el otro polo, "democracia con justicia social"). Tal es el caso de Milcíades Peña (1971) quien, como es sabido, sostiene que Perón, tanto en tiempos del régimen surgido del golpe del 4 de junio de 1943, como durante su propio gobierno (al menos hasta 1947), era poco menos que un sumiso agente del Imperio Británico. También dejo de lado —con la excepción sólo parcial del aporte de Gaudio y Pilone— los análisis polémicos que se limitan al intento de refutar interpretaciones de otros autores. (Es lo que hace, con resultados muy discutibles, José Enrique Miguens en dos ensayos recientes; cf. Miguens y Turner, 1988 a y b, pp. 9-51 y 209-232).

[2] Por ejemplo, los análisis que definían al peronismo como un movimiento político policlasista en cuyo interior persistía, latente o abierto, el conflicto por la hegemonía, suscitaron —sobre todo durante los años '60 y '70— arduas discusiones dentro del peronismo mismo y, en particular, de sus sectores de izquierda. Y, sin ir más lejos, hoy mismo, cuando, azuzado por las cambiantes facetas de la realidad —y de sus propios dirigentes— el peronismo busca redefinir su identidad, sus ideólogos y militantes utilizan argumentos extraídos de las "lecturas" que se han hecho de su propio movimiento.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

marcos de referencia teóricos, marcos que proporcionan códigos de lectura diversos y, en ocasiones, difícilmente comparables entre sí.

Dado este panorama, la interrogación actual sobre la naturaleza del peronismo tiene mucho que ganar si no omite tomar también como objeto de análisis las respuestas producidas en el pasado a esa misma interrogación; en particular, aquellas respuestas respecto de las cuales se puede razonablemente afirmar que enriquecieron, incitaron o reabrieron el debate sobre dicho fenómeno. Esa estrategia es la que he adoptado en este trabajo. Va de suyo que no pretendo en él agregar una nueva teoría a las ya formuladas, sino solamente, y a título propedéutico, emprender una primera revisión de algunas de las principales interpretaciones existentes.

Para ello, he escogido como punto de partida las interpretaciones de Jorge Abelardo Ramos, de Gino Germani, de Torcuato Di Tella, de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, y de Ernesto Laclau. Esta selección, aunque parcial, no ha sido caprichosa. Pienso en efecto que, más allá de la opinión que cada una de ellas suscite, se trata:

(a) de interpretaciones *globales* del fenómeno peronista y no de intentos de esclarecer aspectos puntuales de dicho fenómeno[3];

(b) de interpretaciones que *han tenido amplio eco* y suscitado comentarios (no necesariamente positivos) entre los científicos sociales y, de manera directa o indirecta, los políticos mismos;

(c) en fin, punto éste cuya relevancia espero mostrar más adelante, de interpretaciones que *enfatizan desde el punto de vista descriptivo y/o explicativo una determinada dimensión, diferente en cada caso, del fenómeno peronista.*

En el curso de la exposición iré precisando estas opciones iniciales. Antes, sin embargo, enunciaré la hipótesis que sirvió de punto de partida para la lectura de las interpretaciones elegidas. A saber:

(i) por una parte, las interpretaciones guardan entre ellas relaciones de *discontinuidad* ("ruptura") que se manifiestan en los marcos teóricos utilizados por cada una, en las tesis principales que sostienen y también en el recorte que hacen del objeto "peronismo";

(ii) por otra parte, esa discontinuidad *teórica* entre dichos enfoques tiende a estar acompañada por un sesgo interpretativo que acuerda creciente vigor a tesis que afirman la existencia de lazos de *continuidad histórica* entre el peronismo y la etapa que precedió a su surgimiento. Correlativamente, se redefine —sin perder vigencia— la tesis opuesta según la cual el fenómeno peronista representaría una ruptura profunda en la historia social y política argentina. Esta hipótesis puede ser representada gráficamente como sigue (conviniendo en marcar con "+" y "—" al primero y segundo términos, respectivamente, de la pareja "continuidad vs. discontinuidad")[4]:

[3] Por supuesto, no es mi intención subestimar esos análisis parciales, cuyos aportes, críticos o positivos, han sido a menudo de gran valor. Ver más adelante las referencias a los trabajos de Gaudio y Pilone.

[4] Los signos entre paréntesis indican la presencia del rasgo opuesto, en posición secundaria.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Continuidad/discontinuidad	Teórica	Histórica
Ramos	—(+)	—
Germani/Di Tella	—(+)	—
Murmis-Portantiero	—	+(—)
Laclau	—	+(—)

Esta representación gráfica, y por tanto esquemática, de la manera en que están situadas, con arreglo a los parámetros mencionados, algunas de las principales teorías sobre el peronismo daría lugar a error si de ella se concluyera que la hipótesis que intento defender en este trabajo es que el peronismo habría sido un fenómeno histórico escasamente novedoso. En realidad, exhibir los vínculos existentes entre el peronismo y su inmediato —y a veces mediato— pasado no obliga a desconocer la novedad que significó dicho fenómeno político, sino que, por el contrario, permite sacar a luz a la vez lo específico de esa novedad y también, lo que puede tener interés, las condiciones históricas que la hicieron posible[5]. Creo que ambos aspectos quedarán claros en lo que sigue.

1. La lectura política: Jorge Abelardo Ramos, Gino Germani y Torcuato Di Tella

Teórica y políticamente hostiles entre sí, las interpretaciones de Jorge Abelardo Ramos y de Gino Germani difieren también en términos de elaboración analítica y riqueza de determinaciones teóricas e históricas. Sin negar los aportes, más bien intuitivos, de Ramos, no caben dudas acerca de la concluyente superioridad de la interpretación de Germani, la cual habría de constituirse durante décadas en un punto de referencia indispensable. Algo semejante cabe decir de la de Torcuato Di Tella, quien, aunque coincidiendo a grandes rasgos con el enfoque de Germani, aporta elementos originales e incursiona en aspectos muy poco explorados por los investigadores del peronismo.

Dicho esto, fuerza es comprobar que, más allá de sus mutuas diferencias, las mencionadas interpretaciones comparten algunos supuestos que hacen, por una parte, al contenido de las tesis que sostienen y, por otra —punto que me interesa especialmente—, a las coordenadas en función de las cuales delimitan el objeto "peronismo" y valorizan, en su interior, a determinados aspectos en desmedro (parcial) de otros.

[5] Corresponde en mi opinión a Juan Carlos Torre (1989) el mérito de haber mostrado, en una síntesis compleja pero también convincente, los aspectos políticamente innovadores —y hasta "rupturistas"— del peronismo, sin por eso perder de vista todo aquello en que este último aparece como deudor del pasado que heredó.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

1.1. Jorge Abelardo Ramos

La clave de la interpretación de Ramos carece de secretos: se encuentra literalmente en la extensa cita de Trotsky que el autor reproduce en las páginas 404-405 de la primera edición de su libro *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*[6]. Permítaseme transcribir *in extenso* ese texto. Refiriéndose a los gobiernos de los países atrasados y, en particular, a los latinoamericanos, Trotsky escribe:

> "...el gobierno nacional, en la medida en que procure resistir al capital extranjero, está obligado en mayor o menor grado a apoyarse en el proletariado. Por otra parte, los gobiernos de estos países atrasados que consideren inevitable o más provechoso marchar hombro con hombro con el capitalismo extranjero, destruyen las organizaciones obreras e implantan un régimen más o menos totalitario. Así, la debilidad de la burguesía nacional, la ausencia de una tradición de gobierno comunal propio, la presión del capitalismo extranjero y el crecimiento relativamente rápido del proletariado, minan las bases de cualquier régimen democrático estable. *Los gobiernos de los países atrasados, es decir, coloniales y semicoloniales, asumen en todas partes un carácter bonapartista o semi-bonapartista; difieren uno de otro en esto: que algunos tratan de orientarse en una dirección democrática, buscando apoyo en los trabajadores y campesinos, mientras que otros instalan una forma de gobierno cercana a la dictadura policíaco-militar.* Esto determina asimismo el destino de los sindicatos. Ellos están bajo el patronato especial del Estado o sometidos a cruel persecución. El tutelaje por parte del Estado está dictado por dos tareas que éste tiene que afrontar: 1) atraer a la clase obrera ganando así el apoyo para su resistencia contra las pretensiones excesivas de parte del imperialismo; 2) al mismo tiempo, regimentar a los trabajadores, poniéndolos bajo el control de una burocracia" (citado por Ramos, pp. 404-405. Yo subrayo).

Ramos incluye entonces decididamente al fenómeno peronista en la categoría general de "bonapartismo", esto es, según lo había marcado en su tiempo Marx, un poder, o más precisamente un régimen, que se sitúa por encima de los grupos y clases en pugna, arbitrando sus conflictos. Ocurre empero que, en países como la Argentina —sostiene Ramos en oposición a la opinión original de Marx—, el bonapartismo puede bajo ciertas condiciones adoptar un sesgo progresista hacia el interior a la vez que anticolonialista hacia el exterior. Aunque constitutivamente limitado por la índole de su proyecto mismo, así como (tal es el caso del peronismo en la Argentina) por "la inmadurez global del país... (y) ...la ausencia de una conciencia política desarrollada tanto en *la burguesía como en el proletariado*" (Ramos, p. 447), representa una experiencia positiva y encarna "necesidades nacionales ineludibles" (Ramos, p. 439).

Sin extenderme en el detalle de las tesis de Ramos, quisiera detenerme sobre dos puntos que, según señalé antes, revelan una convergencia parcial de aquéllas con la interpretación de Germani. El primero de ellos remite directamente a los contenidos de cada teoría: ambas coinciden en enraizar socialmente el fenómeno en clases "inmaduras" y, más precisamente, en el

[6] Me atengo a esta primera versión. En las múltiples reediciones del citado libro de Ramos, éste introduce nuevos elementos a la vez que revisa otros, al calor de los datos más recientes del conocimiento y, sobre todo, de las exigencias, menos objetivas pero más perentorias, del cálculo político.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

nuevo proletariado producto de las relativamente recientes migraciones campo-ciudad (sobre este punto, Ramos, p. 398; Germani, 1962, pp. 305-309). *Pero, dicho esto, ambas tienden a soslayar el tratamiento de esta dimensión* social *del fenómeno peronista, para centrar sus propuestas (por completo divergentes) en el plano político.* A esta doble circunstancia, sobre todo en el caso de Germani y, más moderadamente, en el de Ramos, se deben algunos de los más valiosos aportes de sus teorías... y también algunos de sus déficit. Entre estos últimos mencionaré, en lo que hace a Germani, su inclinación (a la que cede a veces y rechaza otras) a confinar la actitud de la clase obrera en la categoría de conducta "irracional"; en lo que hace a Ramos, destacaré su miope fascinación por el término "bonapartismo" y por la idea de un poder personal que sobrevolaría a las clases sociales, ignorando que, por el contrario, fue la imposibilidad de sustraerse a la incidencia masiva de la clase obrera (y a los condicionamientos que imponía a sus políticas) lo que impidió que fructificara el proyecto bonapartista que, seguramente (y es mérito de Ramos el llamar la atención sobre este punto), estaba en la mente y en las intenciones de Perón.

Habrá que esperar las propuestas de Murmis y Portantiero para que esa dimensión específicamente social sea tomada en cuenta y valorizada —hasta el extremo de subestimar algunos aspectos culturales y políticos planteados por sus predecesores—. Pero todavía no hemos llegado allí. Antes se impone abordar con mayor detenimiento las contribuciones de Germani y de Di Tella.

1.2. Gino Germani

La interpretación de Gino Germani, desarrollada en *Política y sociedad en una época de transición* y reafirmada en otros escritos[7], sigue ocupando con justicia un lugar de privilegio entre las teorizaciones sobre el fenómeno peronista. Dicha interpretación es en efecto notable por varias razones: forjada en una época en que la proximidad del fenómeno —y sobre todo la cercanía de lo que muchos entendieron como su derrocamiento definitivo— tornaba casi impensable abstenerse de tomar posición, hoy nos sorprende menos por que no haya podido —ni querido— evitar los juicios valorativos, que por el hecho de que, sobreponiéndose, por así decir, a dichos juicios de valor, haya sido capaz de formular una explicación del fenómeno peronista empíricamente sustentada (aún cuando sus datos no sean siempre aceptados como válidos) y difícilmente superable en cuanto a la densidad de la trama teórica en que se basa. Como en el de Ramos, interesan en este caso tanto la configuración epistemológica de la teoría que Germani desarrolla como su enraizamiento histórico en el clima cultural del momento en que fue formulada.

En cuanto al primer aspecto, el concepto de "movimiento nacional-popular" constituye un obligado punto de partida, en cuanto preanuncia

[7] Ver, en particular, Germani (1965 a); Germani (1965 b) y Germani (1973).

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

la orientación que, implícitamente, marcará a las tesis de Germani. Veremos sin embargo que los límites de tal orientación son intermitentemente desbordados por el análisis —y ello en más de un sentido.

Como es sabido, según Germani, a través de estos movimientos se verifica, en una etapa de transición de la sociedad tradicional a la sociedad industrial, un tipo particular de movilización y de integración de las masas populares en la esfera política. Esta movilización y esta integración emplean canales *sui generis*, ya que ni los sindicatos, ni los partidos políticos ni, en general, las instituciones sociales y político-estatales están en condiciones de asegurarlas.

Préstese sin embargo atención a la manera en que Germani caracteriza a los movimientos nacional-populares; por una parte, enumera un conjunto de formaciones ideológicas bizarras (autoritarismos de izquierda, socialismo de derecha, nacionalismos de izquierda), formaciones que remiten, en las figuras paradójicas que esas expresiones evocan, a manifestaciones de la *cultura* política propias de los países en transición "tardía" de la sociedad tradicional a la sociedad industrial. Pero dichos movimientos designan ante todo una modalidad específica de *intervención en la esfera política* de las capas populares (Germani, 1962, p. 211). Formas de expresión y de acción de dichas capas en el campo político: en eso consistirían *ante todo* los movimientos nacional-populares, habida cuenta de que, en la visión de Germani, se trataría de formas "anómalas" de irrupción de las masas en dicho campo.

Ahora bien, la argumentación de Germani acerca del porqué de esa anomalía es ampliamente conocida. "Efecto de demostración", "efecto de fusión", "asincronías" particularmente profundas: la referencia a esos fenómenos, así como a las masivas migraciones internas rural-urbanas que coadyuvaron a desencadenarlos, tiene el doble interés de ir anticipando el sesgo que indeleblemente adoptará la interpretación de Germani y de trazar las coordenadas teóricas más generales en que dicha interpretación habrá de situarse[8]. Veamos el primer punto.

Ante todo, cabe reiterar que la mencionada anomalía de esos fenómenos de movilización "no integrada" es descripta por Germani siguiendo la argumentación ya señalada en virtud de la cual se enfatizan los aspectos políticos del fenómeno. Esto es: cualquiera que sea la hipótesis social, económica u otra a que se recurra para dar cuenta de tal o cual faceta del fenómeno, la anomalía en cuestión se traduce específicamente en hechos tales como la instauración de un régimen político autoritario; la adquisición de una identidad política concurrente con la sumisión a los dictados de un líder; la promoción de una simbología que subordina los valores "formales" de las libertades y derechos ciudadanos a los valores "concretos" de la justi-

[8] El concepto de "movilización" designa el proceso en virtud del cual grupos o clases sociales que mantenían en el pasado una actitud pasiva asumen un comportamiento deliberativo y de intervención activa, a través de distintos mecanismos, en la vida política. La "integración" es un tipo particular de movilización que se caracteriza por el hecho de que (a) se lleva a cabo haciendo uso de los canales institucionales existentes, lo que le da legitimidad ante el régimen imperante y (b) a su vez, los sectores movilizados aceptan de manera explícita o implícita las reglas del juego en vigor y, con ellas, el marco de legitimidad preexistente.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

cia social; en fin, el desarrollo y la consolidación —promovidas y controladas desde el Estado— de las organizaciones obreras y de una central sindical única. En suma: un conjunto de hechos que remiten, directa o indirectamente, a la esfera política (Torre, 1989, p. 530).

Cierto es que la dimensión sociológica no es ignorada. Con respecto al peronismo, es sabido que, según Germani, su base de apoyo estuvo constituida, tanto en sus orígenes como en su posterior desarrollo, por los obreros que, desde mediados de la década del treinta, fueron trasladándose desde zonas rurales periféricas a grandes ciudades y, sobre todo, a la Capital Federal. El peronismo habría constituido una forma de expresión política efectiva, pero también alienada, de esos sectores, en tanto no fueron capaces de consolidar una organización autónoma y una ideología de clase. Como movimiento nacional-popular, su característica más notoria fue su subordinación al poder manipulatorio del caudillo carismático, a cambio —es cierto— de importantes retribuciones en lo que hace a la adquisición de un principio de identidad y de una efectiva participación en la escena política.

Pero eso no es todo. Para Germani, la movilización de las clases populares, además de haber asumido formas anómalas, tuvo lugar, según sus palabras, "bajo el signo del totalitarismo", entendido éste como un tipo de sistema político autoritario y hostil a la democracia representativa de estilo occidental. Con estas palabras concluye Germani uno de sus más conocidos ensayos sobre el tema:

> "La tragedia política argentina residió en el hecho de que la integración política de las masas populares se inició bajo el signo del totalitarismo, que logró proporcionar, a su manera, cierta experiencia de participación política y social en los aspectos inmediatos y personales de la vida del trabajador, anulando al mismo tiempo la organización política y los derechos básicos que constituyen los pilares insustituibles de toda democracia genuina. La inmensa tarea a realizar consiste en lograr esa misma experiencia pero vinculándola de manera indisoluble a la teoría y la práctica de la democracia y de la libertad" (Germani, 1968, p. 337).

Esta conclusión no es sin embargo definitiva. En efecto, como ya se ha indicado, Germani valoriza en su análisis —más allá de la crítica global que le dirige— ciertos aspectos positivos del peronismo, en particular, el haber dado a las clases populares satisfacciones subjetivas de gran importancia: reconocimiento de derechos, sentimiento de tener una identidad y una presencia real en la vida política argentina, conciencia de su existencia y de su gravitación política. Pero, una vez señalados estos hechos, se anticipa a una posible crítica:

> "Podría objetarse —y con toda razón— que esos mismos logros... podían haberse alcanzado por otro camino... La aparición de la masa popular en la escena política y su reconocimiento por la sociedad argentina pudieron haberse realizado por el camino de la educación democrática y a través de los medios de expresión que ésta puede dar. *Desde este punto de vista no hay duda de que el camino emprendido por la clase obrera debe considerarse irracional: lo racional hubiera sido el método democrático*" (Germani, 1968, p. 335. Yo subrayo).

Estas afirmaciones de Germani son las más taxativas por él formuladas

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

en cuanto a presentar al peronismo como un fenómeno político en situación de "ruptura patológica" con el pasado. A fuer de sinceros, preciso es señalar que esa tesis no es otra cosa que la versión "académica" de uno de los lugares comunes del antiperonismo de entonces[9]: el peronismo pensado como fenómeno puramente negativo; como "aberración" e "irracionalidad". De lo cual cabría inferir que en ese punto mi hipótesis debería ser modificada: en Germani hallaríamos "continuidad" a nivel teórico —en tanto los análisis del peronismo publicados por entonces eran casi sin excepción abiertamente antiperonistas— y una afirmación tajante de "discontinuidad" en la caracterización del peronismo como hecho histórico, aún en aquellos aspectos positivos que Germani le reconoce.

La continuidad estaría reforzada por el marco conceptual que orienta el análisis de Germani, esto es, el estructural-funcionalismo y, dentro de ese marco global, la problemática del "desarrollo político", en boga por aquellos años. La incidencia de dicho enfoque en el análisis de Germani es fácil de detectar, tanto en el tipo de conceptos que utiliza, como en la lógica de su demostración. A saber: dada una condición necesaria *N* (la movilización de las masas y su participación en la vida política), que constituye una exigencia propia del proceso de transición de la sociedad tradicional a la industrial y de la irrupción misma de las masas en la escena social, podríamos en principio definir a la clase de equivalentes funcionales *M* como compuesta por dos elementos denominados respectivamente "movilización democrática" *m* y "movilización nacional-popular" *m'* (Merton, 1957, cap. 1; Hempel, 1971; Cohen, 1984) para luego concluir que en la Argentina se habría optado por el equivalente *m'*.

Ocurre sin embargo que, ateniéndose a este aspecto del análisis de Germani, no sería legítimo hablar en el caso de *m* y *m'* de "equivalentes funcionales", puesto que el ítem *m'*, de verificarse como respuesta a *N*, aunque garantizaría, como de hecho garantizó, la integración política de las clases populares, lo haría al precio de sumir al país bajo la égida de un régimen totalitario (con lo cual no se satisfaría la regla según la cual los ítems planteados como funcionalmente equivalentes deben serlo respecto del mismo sistema [social] *S*). Justamente en eso consistió, como decía Germani en un párrafo antes citado, la "tragedia política argentina": la integración de las masas tuvo lugar bajo formas políticas totalitarias. Ese fue lo que bien cabría llamar su aspecto globalmente disfuncional.

Afirmada así la continuidad teórica con el mismo énfasis en que lo es la discontinuidad histórica, la interpretación de Germani bastaría ya para poner en aprietos mi hipótesis de partida. Sin embargo, el análisis de Germani da todavía un paso más que permite conclusiones menos pesimistas. Véase en efecto cómo concluye el párrafo antes transcripto:

> "...lo racional habría sido el método democrático. Mas llegados aquí es menester preguntarnos: ¿será posible dicho mecanismo democrático en las condiciones

[9] El análisis de Germani fue publicado por primera vez en 1956, es decir, apenas un año después de la caída de Perón y en un clima de opinión violentamente antiperonista.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

en que se halla el país, tras la revolución de 1930? La contestación es claramente negativa. Por ello, si tenemos en cuenta las características subjetivas que presentaban las clases populares a comienzos de la década de 1940, su reciente ingreso a la vida urbana y a las actividades industriales, su escaso o nulo entrenamiento político, su bajo nivel educacional, sus deficientes o inexistentes posibilidades de información, *y sobre todo los infranqueables límites que las circunstancias objetivas oponían a su acción política,* debemos concluir que el camino que emprendieron, y que las transformó en la base humana de un movimiento totalitario destinado a servir en definitiva intereses que les eran completamente ajenos, *no puede considerarse, dentro del conjunto de condiciones históricas dadas, ciega irracionalidad*" (Germani, 1968, p. 335. Yo subrayo).

Dejando de lado juicios de valor discutibles —y explicables, como indiqué antes, por el momento en que ese texto fue publicado— no cabe duda de que en él Germani deja momentáneamente de lado la lógica de la argumentación estructural-funcionalista, ya que en lugar de preguntarse exclusivamente por la eventual funcionalidad de la opción de las masas trabajadoras, se pregunta también sobre los determinantes históricos de dicha opción. Por otra parte, en el final del párrafo expresa serias reservas acerca del carácter "irracional" de la misma[10].

Es posible en consecuencia extraer de lo anterior algunas conclusiones parciales que van en el sentido de restituir una cierta plausibilidad —todavía provisional— a mi hipótesis:

1) En primer lugar, a nivel teórico, la interpretación de Germani introduce un primer elemento parcialmente cuestionador, si no en las teorías, al menos en lo que podríamos llamar el "sentido común antiperonista" de la mayoría de la intelectualidad argentina de la época. No se trata por cierto de un cuestionamiento "audaz", sino al contrario tímido y limitado, apenas legible en el contexto de una lectura del peronismo marcada, en el caso particular de Germani, por las lecciones de la experiencia fascista —pese a que su análisis diferencia claramente al peronismo del fascismo— y la tradición democrático-liberal a la que el autor adhiere. Aún así, rescatar elementos de racionalidad en la elección de las masas obreras y aspectos positivos en el propio peronismo no dejaba de constituir una transgresión dentro del unánime clima antiperonista reinante en los primeros dos años posteriores a la caída de Perón. Quizás no sea casual que esta primera disonancia a nivel de la interpretación política vaya de par con una ruptura parcial en la lógica argumentativa de la teoría que orienta el análisis de Germani. Cuando la historia irrumpe en ese análisis, la búsqueda de causas antecedentes, de condiciones "previamente dadas" y la referencia a la situación socioeconómica y cultural completan y enriquecen sustantivamente —cuando no rectifican— los aportes del enfoque funcionalista[11].

2) Ahora bien, restituir una cuota de "racionalidad" a la opción de las

[10] Es interesante notar que en un artículo muy posterior (Germani, 1973, p. 446), el autor no retoma en los mismos términos que antes la tesis sobre la irracionalidad de la clase obrera al apoyar al peronismo. Esta tesis queda diluida en la afirmación —que aparentemente la reemplaza— según la cual el peronismo sería un tipo de formación muy diferente de la de los partidos obreros, tal "como se los concibe comúnmente".

[11] Quiero aclarar que, en mi opinión, la inversa no es menos verdadera.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

masas supone —según se ha visto— inscribir esa opción en el seno de un recorrido histórico que le otorga un sentido menos "disruptor" que el que poseía para quienes veían en el peronismo un fenómeno político lisa y llanamente aberrante. Equivale, por tanto, a introducir elementos de continuidad en una experiencia política que todos, incluso los minoritarios intelectuales peronistas, consideraban enteramente novedosa. Sin duda, al caracterizar al peronismo como un régimen totalitario cuya base de apoyo era la clase obrera, Germani afirma con fuerza los aspectos de ruptura que, en su opinión, dicho fenómeno trajo consigo. Pero, de todos modos, la referencia al contexto histórico permite relativizar parcialmente esta ruptura, al plantearla de hecho como resultado inevitable de una pesada herencia histórica que, para el autor, se remonta por lo menos hasta 1930.

1.3. Torcuato Di Tella

Inscripta en un marco teórico con puntos comunes con el de Germani, la interpretación de T. Di Tella contiene empero aportes específicos más que suficientes como para ser considerada una teoría autónoma y, en varios aspectos, original. También en su enfoque el populismo latinoamericano —y su variante argentina, el peronismo— es directamente ligado al proceso de desarrollo socioeconómico y definido como un movimiento político cuya base social está constituida por masas obreras o campesinas "disponibles" que reclaman participación en la distribución de los bienes y en la toma de decisiones a nivel político, pero carecen de una organización propia que encarne sus intereses como clase. Y es también, según Di Tella, a través de esos movimientos —por definición, heterónomos— que tiene lugar la integración política de las masas en la etapa de transición de la sociedad tradicional a la moderna.

El interés de los análisis de Di Tella radica, sin embargo, en el énfasis que pone respecto de la necesidad, para una movilización populista de las masas, de la preexistencia de una elite —ideológicamente anti *statu quo*— empeñada y comprometida en dicho proceso de movilización. Este punto está ya presente en los análisis de otros autores, pero corresponde a Di Tella el mérito de haberlo subrayado y sobre todo de haber intentado dar cuenta de él (Di Tella, 1965).

El surgimiento de una elite en condiciones de tomar bajo su dirección al movimiento populista se explicaría, según Di Tella, por un fenómeno de características también anómalas: la existencia, en esos sectores, de una *incongruencia de status* entre sus aspiraciones y lo que llama la "satisfacción de empleo".

Estas consideraciones pueden ser ilustradas y a la vez precisadas tomando como referencia al peronismo. Según Di Tella, en efecto, la "elite peronista" cumplió un papel difícilmente subestimable en el éxito de dicho movimiento político y de su líder. Quienes la constituían deben ser distinguidos de lo que se ha denominado a menudo "el entorno" del caudillo carismático (para el caso, el general Perón):

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

> "Esta elite, en la perspectiva aquí planteada, era mucho más numerosa, y se alimentó de las tensiones que en los años medios de la Segunda Guerra Mundial aquejaban a ciertos sectores sociales argentinos, particularmente las fuerzas armadas y los empresarios industriales. No es que el peronismo haya sido una creación de las fuerzas armadas ni mucho menos de los industriales, sino que la existencia de su núcleo generador tiene mucho que ver con las ansiedades, fracturas internas y desorientaciones políticas que aquejaban a esos actores. La peculiar manera en que este actor social se constituyó facilitó su expresión a través del movilizacionismo, apoyando y suscitando en su seno una figura carismática" (Di Tella, 1988, p. 395).

Esa referencia a la "peculiar manera" de constitución de la elite peronista remite al hecho de que, en razón de la insatisfacción y la inseguridad que generaba en tales sectores la ya mencionada "incongruencia de status", éstos se hallaban especialmente predipuestos a promover cambios en una dirección coincidente con las aspiraciones de las masas populares y a apoyar, con vistas a esos cambios, una estrategia movilizacionista. Esa doble actitud —y, en particular, la segunda— se explicaría, según Di Tella, no sólo por los factores mencionados, sino también por lo que llama la "estructura relativa de amenazas":

> "...si un sector alto, o medio, se siente fuertemente amenazado por otros sectores altos (nacionales o extranjeros) tenderá a visualizarse a sí mismo como formando parte de "los de abajo", o "del pueblo", viéndose entonces impelido a salidas movilizacionistas. Si, en cambio, la amenaza proviene de niveles bajos de la estratificación, el resultado será el opuesto" (Di Tella, 1988, pp. 246-247).

Naturalmente, la elite peronista se ubica en la primera alternativa.

Por otro lado, y no sin relación con este último punto, un segundo interés de los trabajos de Di Tella reside en el hecho de que presentan una primera tipología sistemática de los populismos latinoamericanos. Dicha tipología se basa en dos criterios: la pertenencia o no de la elite dirigente a los estratos superiores de la sociedad y la aceptación o bien el rechazo que esas elites reciben por parte de su clase de origen. El esquema inserto en la página siguiente resume con suficiente claridad la tipología resultante (cf. Pasquino, 1979, p. 290).

En cierto sentido, cabría afirmar que la interpretación de Di Tella en sus dos aspectos más salientes —las tesis referidas al papel de las elites y la tentativa de ofrecer una tipología de los populismos— reitera y acentúa, dando por ello a su teoría un valor de testimonio especialmente valioso (al margen de sus valores específicamente cognoscitivos), la tensión entre la afirmación de los rasgos de discontinuidad y de —diríamos ahora— "innovación política" propios del peronismo (tesis principal) y el reconocimiento de ciertos lazos de continuidad entre ese movimiento político y la historia que lo precedió. Sin duda, ciertas condiciones previamente dadas —la "incongruencia de status"— favorecen la emergencia de la elite peronista, incluidas sus características "movilizacionistas" pero esas condiciones no eliminan ni explican la novedad política que significó, para la Argentina, el peronismo. Por otra parte, esta novedad política, que abarcaba desde los contenidos hasta la metodología de acción, *cuando es categorizada a la luz de experiencias con las que tiene trazos en común* se muestra en más de un

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Origen social de las elites	Aceptadas por los grupos de origen	Rechazadas por los grupos de origen
Comprenden subgrupos provenientes de los estratos superiores de las FF.AA. y del clero.	Variante más moderada; puede transformarse rápidamente en un movimiento conservador. Ejemplo: el PRI mexicano.	Variante intermedia: no excluye el empleo de la violencia, pero acepta los valores fundamentales del orden establecido. Ejemplos: el régimen de Rojas Pinilla en Colombia; en parte el peronismo.
Comprenden sectores provenientes de los estratos medios-bajos e intelectuales.	Variante intermedia: se inclina por el uso de medios legales, pero critica radicalmente los valores del orden establecido. Ej., el aprismo.	Variante más radical: se orienta hacia una revolución social que conlleva una transformación profunda de las relaciones de propiedad y producción. Ej. el castrismo.

aspecto como limitada. En esas limitaciones podemos leer la impronta (y la resistencia) del pasado heredado. El peronismo modifica de manera sustantiva las modalidades de acción y conducción, amplía masivamente con medidas básicas de justicia social y de equidad jurídica el derecho a la ciudadanía política, cambia incluso las costumbres y el lenguaje. Pero en lo fundamental, no enfrenta a los valores básicos del orden establecido; no toca sino incidental y accesoriamente las formas de propiedad dominantes, ni tampoco cuestiona realmente la cultura oficial recibida de los regímenes que lo precedieron. Inventa e innova en nombre del orden y de la "comunidad organizada"; mantiene y conserva en nombre de la consolidación de la revolución justicialista y de la "nueva Argentina".

2. La lectura sociológica: Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero

Las tesis de Germani y de Di Tella (las cuales, junto con las de otros autores situados en la misma perspectiva, conforman la llamada "interpretación ortodoxa") han sido objeto de variadas críticas que cuestionaron —con diferente énfasis según los casos— su validez empírica así como también sus premisas teóricas[12]. Entre ellas, merecen especial atención las formuladas —especialmente a Germani— por M. Murmis y J. C. Portantiero

[12] Dejo de lado, dados los objetivos de este trabajo, los importantes y valiosos aportes críticos de Eldon Kenworthy (1973 y 1975), Peter H. Smith (1972) y Walter Little (1979). Señalemos al pasar que Germani (1973) se ocupó de refutar en parte algunas de las críticas de los dos primeros autores mencionados y reafirmó con vigor sus tesis de 1956. Véase asimismo sobre esa discusión el fino y documentado análisis de Tulio Halperín Donghi (1975). De más está decir que una recensión que aspirara a cubrir todas las interpretaciones relevantes del peronismo debería incluir muchas aquí ausentes y, sobre todo, reservar un lugar prominente a los trabajos de Halperín Donghi.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

en su estudio sobre los orígenes del peronismo (1969). Murmis y Portantiero no se limitan a señalar errores en el enfoque de Germani, sino que además proponen una interpretación alternativa y, por supuesto, divergente respecto de la de aquél.

El aspecto principal en el que, para Murmis y Portantiero, se tornan visibles las insuficiencias de la interpretación de Germani remite a la existencia en la Argentina, con anterioridad al surgimiento del peronismo, de un proceso de industrialización sin intervencionismo social, así como de un movimiento obrero organizado. El análisis de Germani incurriría en dos errores básicos, ambos relacionados con los puntos que acabamos de señalar: en primer lugar, Germani eludiría preguntarse acerca de las relaciones entre las nuevas movilizaciones obreras y el movimiento sindical preexistente —lo que lo llevaría, por un lado, a subestimar el papel del viejo sindicalismo y, por otro, a acordar un peso excesivo a la incorporación de los obreros nuevos. En segundo lugar, el hecho de que la clase obrera (y en particular los obreros nuevos) haya sufrido un período de explotación sin participación, pese a ser detectado a nivel descriptivo, no habría sido luego justamente valorado en el modelo explicativo que propone.

Murmis y Portantiero presentan además otros argumentos que apuntan a una interpretación de los orígenes del peronismo en franca contraposición con la de Germani. Destacan, en primer lugar, el acrecentamiento de la combatividad y la expansión de la organización sindical en los años inmediatamente anteriores al ascenso del peronismo, hecho que cuestiona la tesis de Germani sobre la división de los trabajadores en una vieja clase obrera debilitada y sin mayor capacidad de opción ni de resistencia y una nueva clase obrera carente de experiencia sindical y, por tanto, susceptible de ser instrumentada por Perón. Hacen hincapié, en segundo lugar, sobre la existencia de un creciente número de luchas reivindicativas en esos mismos años y, en particular, sobre el hecho de que pocas veces esas luchas se resolvieron en favor de los trabajadores[13]. Esa doble circunstancia, además de reforzar la anterior crítica a Germani, permite comprender la buena disposición de las direcciones sindicales a colaborar con un gobierno que ha acordado mejoras largamente reivindicadas por los trabajadores en años anteriores[14]. En tercer lugar, subrayan el hecho de que en el período que va de fines de 1943 a fines de 1945 no se verificó un aumento significativo en la expansión del sindicalismo organizado[15]. Según los autores, este dato recusa la afirmación de Germani en lo referente a la falta de un apoyo gremial al peronismo en los inicios de este último, poniendo de manifiesto que ese apoyo existió y fue en lo esencial obra de una estructura sindical preexistente, con lo cual se hace difícil hablar en ese plano de una ruptura respecto del pasado inmediato.

[13] Ver más abajo las objeciones de Gaudio y Pilone a esta afirmación.

[14] Cf., sin embargo, Torre (1975).

[15] Louise Doyon (1984) no concuerda con Murmis y Portantiero en cuanto a que el número de organizaciones obreras no se habría incrementado en el lapso considerado. Afirma al contrario que ese incremento existió y que, de acuerdo con los datos a su alcance, fue muy significativo.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

De este modo, Murmis y Portantiero van dando forma a una interpretación global que caracteriza al peronismo, no como un régimen autoritario basado en la relación vertical entre un líder carismático y una nueva clase obrera "en disponibilidad", sino como producto de una alianza, garantizada por el Estado, entre un sector de las clases propietarias y la clase obrera. Lo que posibilitaba tal alianza era, según los autores, el hecho de que la satisfacción de las demandas obreras acumuladas durante la primera etapa del crecimiento por sustitución de importaciones coincidía con el proyecto de desarrollo de un sector industrial propietario. Se trataba, siempre de acuerdo con Murmis y Portantiero, de la franja de los industriales menos poderosos, cuyo futuro económico estaba estrechamente ligado a la expansión del mercado interno.

Como puede apreciarse, la interpretación de Murmis y Portantiero tiende a invertir los términos de la de Germani: esta última hacía de la división de la clase trabajadora (entre viejos y nuevos obreros) la clave del surgimiento y de las características peculiares que fueron propias del peronismo; por el contrario, Murmis y Portantiero, al tiempo que recalcan la unidad y la homogeneidad de una clase sometida por años a un proceso de explotación sin distribución, ponen énfasis sobre la división de las clases propietarias (en particular, la fragmentación de los propietarios agrarios y, sobre todo a partir de la finalización de la guerra, el surgimiento de una capa numéricamente significativa de nuevos industriales que florecen gracias a la circunstancia excepcional del conflicto bélico pero que, una vez finalizado éste, necesitan del apoyo del Estado para asegurar su futuro).

En fin, esta diferencia de énfasis se traduce también en la importancia relativa dada a determinadas variables: según vimos antes, la interpretación de Germani era ante todo política y sólo en segunda instancia sociológica. Murmis y Portantiero invierten también aquí las prioridades; en esa medida, oponen una acción *social* racional en lo que hace a la estrategia de alianzas del sindicalismo con otras clases sociales a la opción *política* —parcialmente— irracional con que calificaba Germani a la actitud obrera.

Esta interpretación tuvo, entre otros, el mérito de replantear una discusión dominada hasta entonces por la llamada interpretación ortodoxa y de ofrecer una versión alternativa que, además de estar basada en un marco teórico opuesto al de Germani, difería también sustantivamente en la lectura y evaluación del fenómeno peronista[16]. Por otra parte, en lo que hace a los objetivos de este trabajo, interesa destacar que dicha interpretación dibuja un doble movimiento que, sin dificultades en este caso, confirma claramente la hipótesis formulada al comienzo.

En efecto, por una parte, entre este enfoque y el de la interpretación ortodoxa existe una neta ruptura. No insistiré sobre los respectivos marcos

[16] La interpretación de Murmis y Portantiero, como antes la de Germani, lleva claramente, en sus preocupaciones, su marco teórico y en las implicaciones valorativas de sus tesis, la impronta del momento en que fue formulada. Momento marcado, a nivel teórico, por la crisis del estructural-funcionalismo y la revitalización de la conceptualidad marxista y, a nivel político, por la crítica y revisión del antiperonismo de la izquierda tradicional.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

teóricos, cuya oposición mutua ya ha sido indicada. Creo en cambio importante destacar (a) el diferente "cuadro" de la situación social que cada una de las interpretaciones esboza: por ejemplo, un proletariado dividido (entre "viejos" y "nuevos" obreros) vs. un proletariado "objetivamente" unido por las mismas demandas, y (b) la no menos opuesta evaluación de la actitud de los actores: a la opinión de Germani sobre los límites de una opción obrera que, si no por completo "irracional", era sin ninguna duda negativa en lo que hacía a la autonomía y a los intereses de quienes la hicieron suya, se contrapone la tesis de Murmis y Portantiero, para quienes dicha opción debe considerarse enteramente racional y beneficiosa para la clase obrera, además de coherente con la estrategia adoptada desde tiempo atrás por el sindicalismo, en lo referente a sus relaciones con el poder político y con las demás clases.

No son éstas las únicas discrepancias entre ambas interpretaciones, pero sí las más importantes. Ellas, por lo demás, remiten a un segundo punto que deseo subrayar: siguiendo una suerte de "coherencia polémica", las tesis de Murmis y Portantiero tienden a llamar la atención sobre determinados rasgos de continuidad entre la situación que precedió a la emergencia del peronismo y las características originarias de este último. Las tradiciones del sindicalismo (tradiciones de lucha, pero también de negociación) y la división del empresariado son los principales elementos que los autores rescatan. Algunos de esos rasgos de continuidad habían sido sugeridos, según señalé antes, por Germani. Pero Murmis y Portantiero los ponen de relieve y los desarrollan pormenorizadamente, haciendo de ellos, además, uno de los puntos claves de su propia elaboración.

¿Se puede agregar algo más a estas observaciones? Opino que sí: las dos interpretaciones que he examinado se han orientado en el sentido de ir destacando de manera creciente lo que denominé "rasgos de continuidad" entre el peronismo y su pasado, inscribiéndolo así en el interior de una secuencia histórica que limita, *sin anularla*, la novedad del fenómeno y, en principio al menos, disminuye su imprevisibilidad[17]. En tal sentido, sería posible quizás plantear una suerte de "hipótesis metodológica" formulable en estos términos: *existe una línea de coincidencia tendencial entre las sucesivas interpretaciones del peronismo, línea que subsiste más allá de las discrepancias que las separan. De acuerdo con ella, la comprensión del fenómeno peronista exige ampliar el recorte temporal del objeto, haciéndole abarcar un lapso que se extiende por lo menos una década hacia el pasado.*

Por el momento, me abstendré de explorar las implicancias y por tanto el exacto alcance de esta hipótesis, incluida la deliberada vaguedad del término "comprensión". Sólo indicaré que la necesidad (señalada por Germani) de tomar en cuenta "las condiciones en que se hallaba el país, tras la revolución de 1930", así como las abundantes referencias de Murmis y Portantiero a las posiciones y a la acción del sindicalismo a partir de mediados de la década del 30 hasta comienzos de la del 40 —para no citar más que esos

[17] Ver sin embargo, sobre este punto, la "Conclusión" del presente trabajo.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

ejemplos— le dan un respaldo que por el momento podemos juzgar suficiente. Más adelante volveré sobre ella.

3. Un aporte crítico: Ricardo Gaudio y Jorge Pilone

Como indiqué al comienzo de este trabajo, mi propósito era exponer interpretaciones del peronismo que cumplieran con determinadas condiciones. Sin embargo, en este parágrafo me permitiré una excepción. En efecto, entre el respetable conjunto de comentarios elogiosos y críticos a que, como en el caso de Germani, dio lugar la interpretación de Murmis y Portantiero, se destacan netamente los trabajos de R. Gaudio y J. Pilone (1988 a y b). Gaudio y Pilone no ofrecen una nueva interpretación del peronismo, pero sus análisis acarrean consecuencias de importancia respecto de varias interpretaciones y ofrecen, además, datos que, en nuestra opinión, no podrían ser ignorados hoy por ninguna teorización del fenómeno peronista.

Eso no es todo. Gaudio y Pilone analizan el tema de la intervención del Estado en los conflictos laborales —tantas veces evocado en los análisis de los orígenes del peronismo— desde una perspectiva en la cual nuevamente, y con mayor énfasis que en todo otro estudio anterior, los elementos de continuidad predominan sobre los de ruptura. En la interpretación de Murmis y Portantiero cumplía un papel importante la afirmación según la cual el coronel Perón, a través de la Secretaría de Trabajo y Previsión, habría iniciado una política de intervencionismo estatal en los conflictos laborales que carecería prácticamente de antecedentes. Las escasas iniciativas estatales previas a la creación de dicha Secretaría (y canalizadas por el Departamento Nacional del Trabajo [DNT], creado en 1912) habrían tenido una incidencia nula en las relaciones obrero-patronales, hasta el punto que Murmis y Portantiero califican al período llamado de "industrialización sustitutiva" como un período de explotación desnuda de la clase obrera.

Gaudio y Pilone discrepan con esta afirmación. Observan que el DNT no fue siempre la institución decorativa e inane que luego sería evocada y reprobada, reiterando la opinión en boga, por la mayoría de los estudios sobre el peronismo. Al contrario, según los autores, durante determinados períodos —y, en particular, entre 1935 y 1943—, el Estado, a través de dicho Departamento, llevó adelante un conjunto de iniciativas que permiten hablar, si no de la aplicación consciente y definida de una política laboral, al menos del "desenvolvimiento de formas específicas de intervención social" (Gaudio y Pilone, 1988 a, p. 23; b, pp. 66-84).

Por lo demás, esas iniciativas no siempre favorecieron a los intereses patronales. En este punto, los autores marcan una diferencia de interpretación en lo que respecta a los resultados de las huelgas ocurridas entre 1935 y 1943. En efecto, Murmis y Portantiero resaltan una supuesta no correspondencia entre la creciente movilización sindical durante ese período y los resultados obtenidos: "...un alto porcentaje de las huelgas se pierde o se

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

transa y la menor proporción es la de triunfos... lo que, obviamente, acentúa la insatisfacción y las tensiones" (Murmis y Portantiero, p. 88). Para Gaudio y Pilone esta afirmación es excesiva, desde el momento en que coloca sin mayor indagación en el "debe" de la movilización obrera a las huelgas categorizadas como "transigidas". Es cierto que, con la información disponible, resulta difícil establecer el sentido exacto de la expresión "transigidas" que la fuente utiliza, pero esta dificultad misma aconsejaría abstenerse de hacer afirmaciones demasiado concluyentes sobre el particular.

Por otra parte, el progresivo aumento de las huelgas "transadas" va acompañado, a partir de 1938 y hasta 1942, de una disminución igualmente progresiva de la actividad huelguística, lo que hace pensar en una disminución y no en un aumento de las tensiones sociales con anterioridad a 1943. Estos datos invitan a una lectura menos "pesimista" que la de Murmis y Portantiero sobre la evaluación de las huelgas transadas, las que bien podrían ser interpretadas como éxitos parciales y no como fracasos.

En cuanto a la acción específica del Estado, la información que aportan Gaudio y Pilone tiende a mostrar que es exagerado hablar, como hacen Murmis y Portantiero, de "explotación desnuda" y "sin participación" de la clase obrera. Según los autores, dicha información permite afirmar "que en el Estado anterior a 1943 ya se manifestaban formas de intervencionismo social, algunas sorprendentemente afines (otras menos), con lo que resultó típico de la década siguiente... El Estado empieza a adoptar y a arrogarse como legítimamente propias funciones tales como la de intermediario en el conflicto social y la de normalizador de un tipo de relaciones hasta entonces consideradas como 'privadas' y, por consiguiente, pertenecientes a la esfera de la sociedad civil" (Gaudio y Pilone, 1988 b, p. 84).

Cierto es que los dictámenes emanados del DNT estaban limitados por el hecho de que no existían instrumentos legales para hacerlos valer. Gaudio y Pilone subrayan la carencia de una legislación específica sobre el particular y las casi insuperables vallas que tal carencia imponía a la acción de dicho organismo. Sin embargo, hay que estimar en su justo alcance esta efectiva limitación. Los autores destacan al respecto que en ciertos casos, en virtud de una suerte de derecho consuetudinario, determinadas decisiones —a menudo favorables a los obreros— eran consideradas como poseyendo un alcance más general del que se desprendía de su letra. Por otra parte, se procuró en muchos casos instituir mecanismos diversos para lograr compromisos estables entre las partes, de modo tal de ir creando un consenso generalizado sobre la legitimidad de la intervención del DNT y el carácter obligatorio de sus dictámenes. No pocas veces, esos mecanismos funcionaron eficazmente.

Así, pues, el aporte de Gaudio y Pilone no tiene sólo valor crítico, en la medida en que rectifica parcialmente algunas tesis de Murmis y Portantiero; posee además un alcance positivo en la tarea de aproximarnos a la comprensión del fenómeno peronista. En efecto, Murmis y Portantiero habían tenido el importante mérito de llamar la atención sobre aspectos que hacían a las actitudes y a la estrategia del movimiento obrero anterior

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

al peronismo. Pero, preocupados ante todo por rescatar el carácter "racional" de la opción obrera, mantuvieron la tesis dominante de que el peronismo representaba un fenómeno sin precedentes en lo que hace al tipo de relación entre Estado, clases trabajadoras y clases propietarias. Los lazos de continuidad con el pasado que buscaron enfatizar se centraron en la acción y las aspiraciones obreras. En cuanto al papel del Estado, aún considerado como promotor y garante de la alianza de clases "fundadora" del peronismo, apenas si fue tomado en cuenta por los autores. Ese es el hueco que, en parte, el trabajo de Gaudio y Pilone contribuye a llenar.

Las conclusiones que cabe extraer de dicho trabajo, así como de las interpretaciones del peronismo antes expuestas, parecen corroborar la hipótesis que enuncié al comienzo. Pero, a mi juicio, lo más significativo del examen sucesivo de esos aportes reside en el hecho de que no se limitan a sacar a luz antecedentes y líneas de continuidad ocultas, a socavar la imagen —compartida en su momento por peronistas y antiperonistas— de un fenómeno por muchas razones absolutamente nuevo y original, ya (versión peronista) por su carácter fundacional, ya (versión antiperonista) por su intrínseca perversidad. La crítica de esta imagen "rupturista radical", en la medida en que está convincentemente fundamentada, es sin duda un aporte de valor. Pero, en mi opinión al menos, lo que debe llamar también la atención —porque abre el camino hacia un enfoque diferente del modo de inscripción del fenómeno peronista en la historia argentina— es el hecho de que los rasgos de continuidad que Gaudio y Pilone, en su crítica a Murmis y Portantiero, ponen de manifiesto entre la prehistoria y la historia del peronismo son diferentes —aunque no contradictorios— respecto de los que a su vez Murmis y Portantiero resaltan en su crítica a la interpretación ortodoxa. Sumados, van esbozando ya los contornos de un objeto de análisis histórico que excede al peronismo mismo y que es necesario reconstruir para dar cuenta de aquél. *De más está decir que esto no significa "disolver" al fenómeno peronista ni tampoco negar su irreductible novedad.* Volveré al final sobre ese tema.

4. La lectura ideológica: Ernesto Laclau

En la reflexión de los últimos años merecen especial atención las propuestas de E. Laclau (1978). Ya he tenido oportunidad de referirme en detalle a sus teorías (de Ipola, 1982, pp. 93-133) y no reiteraré aquí su exposición. Sólo retomaré algunos de sus supuestos centrales, en particular aquellos que pueden ser relacionados, a favor o en contra, con los pasos de mi argumentación.

Las tesis de Laclau se presentan como una elaborada tentativa de teorización global del "populismo", expresión que sólo parcialmente recubre lo que Germani y sucesores llaman "movimientos nacional-populares". No obstante, dentro de un enfoque desarrollado en un alto nivel de abstracción, Laclau no olvida al fenómeno peronista, en tanto principal expresión del populismo latinoamericano. Por otra parte, dicho enfoque, además de sus

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

aspectos positivos, posee implicaciones críticas respecto de la mayoría de los análisis clásicos del mencionado fenómeno.

En efecto, Laclau cuestiona sucesivamente a las teorías del populismo que lo interpretan, ya como un movimiento y un régimen políticos ligados a un estadio determinado de desarrollo económico-social (interpretaciones de Germani y Di Tella), ya como la expresión política, en ciertos contextos históricos, de una base social predeterminada (por ejemplo, la clase obrera y un sector del empresariado en el caso de Murmis y Portantiero), ya incluso —arguyendo su aparente heterogeneidad— como una suerte de espejismo histórico sin consistencia, inducido por el hábito acrítico de designar con la misma palabra a partidos, regímenes, movimientos, ideologías, etcétera, que nada tienen en común más allá de la exaltación (fuese ésta puramente retórica) de la figura del *pueblo*.

Quizás con la intención de reducir esa apariencia de heterogeneidad —y habida cuenta de sus críticas a las concepciones en boga—, Laclau optará por definir al populismo en un sólo registro, caracterizándolo, no como un movimiento político, ni como un tipo particular de organización, ni tampoco como un régimen estatal, sino como un fenómeno de naturaleza ideológica que, según su opinión, puede estar presente en el seno de movimientos de muy distinta base social, con orientaciones políticas muy diferentes y en las épocas históricas más diversas. Este planteo no debe entenderse "negativamente", como el residuo que quedaría del sucesivo rechazo de las interpretaciones que Laclau critica. De hecho, posee un sentido positivo, puesto que sitúa de entrada a la teoría de Laclau en un lugar epistemológicamente estratégico: el de los procesos de constitución y eventualmente de disgregación de las identidades políticas.

Para desarrollar su demostración, Laclau recurre a la teoría althusseriana de la ideología y, en particular, al hoy harto difundido concepto de "interpelación"[18]. Sobre esa base, enuncia la tesis según la cual el populismo, en tanto fenómeno ideológico, se caracterizaría por "poner en escena" y dar forma discursiva a un dispositivo interpelatorio particular, caracterizado por la articulación de un conjunto —siempre determinado— de interpelaciones "popular-democráticas", articulación en virtud de la cual tales interpelaciones configurarían un sistema ideológico antagónico respecto de la ideología dominante y del bloque de poder que la sustenta.

Laclau señala sin embargo que el hecho de que las interpelaciones popular-democráticas sean planteadas, en las ideologías populistas, bajo la forma de un antagonismo respecto del bloque dominante no significa que dichas ideologías sean forzosamente revolucionarias. Basta con que una clase o fracción necesite, en aras de convertirse en hegemónica, una transformación radical del bloque de poder para posibilitar una propuesta populista. Pero la significación ideológica de tal propuesta admite una amplia gama de variantes, dependiendo éstas, en principio, de la forma particular que asuma la articulación del elemento populista (común a todas) con el

[18] Como es sabido, para Althusser, el modo específico de funcionamiento de toda ideología consiste en interpelar-constituir a los individuos en "sujetos".

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

proyecto global en que dicho elemento se inscribe y, en última instancia, de la configuración de clases y fuerzas sociales portadoras de dicho proyecto. En esa medida, las diferentes formas históricas de articulación entre el elemento ideológico populista y proyectos de clase específicos suministrarían un criterio básico para una tipología de los populismos "triunfantes". Tipología que abarcaría desde el populismo fascista hasta el populismo socialista de Mao y Fidel Castro y que incluiría, como forma específica de populismo burgués, al peronismo. Retomando el hilo de este trabajo, veamos cómo da cuenta Laclau de este último fenómeno.

Luego de exponer las concepciones ideológicas vigentes en la Argentina preperonista (el liberalismo y el nacionalismo oligárquicos, el pensamiento del Partido Radical, las ideologías obreras socialista y comunista) y los procesos históricos que ocasionaron la desestructuración de dichas concepciones, Laclau pone de manifiesto lo que he llamado en la obra citada las *condiciones de posibilidad* de una experiencia populista en la Argentina.

Hasta la década del '30, el predominio político de la oligarquía se manifestaba a la vez en la unidad de que gozaba el discurso ideológico dominante, en la existencia marginal de una ideología nacionalista de derecha y, por último, en el economicismo y el reduccionismo clasista de las ideologías obreras. En el curso de los años '30 y comienzos de los '40 ocurren cambios de importancia en esos conjuntos ideológicos, cambios vinculados de manera estrecha a los que suceden en el país y en la arena internacional: i) crisis en el bloque hegemónico, en el contexto de la Gran Depresión, que, al tiempo que abre camino al proceso llamado de industrialización sustitutiva, suscita nuevos antagonismos entre la oligarquía tradicional y los sectores industriales en proceso de constitución; ii) imposibilidad, producto de la depresión misma, de que la oligarquía tolere las medidas redistributivas de las administraciones radicales, lo que conduce, vía golpe de Estado y parodia electoral, a la instalación de un régimen fraudulento que excluye del acceso al poder político a las capas medias; iii) divisiones en el radicalismo: el sector dominante apoya de hecho al gobierno conservador, al tiempo que otro, minoritario, elabora posiciones nacionalistas democráticas y enjuicia globalmente al régimen liberal; iv) surgimiento de corrientes industrialistas dentro del nacionalismo de derecha, las que cuestionan al régimen conservador, asumen posiciones antiimperialistas y promueven una salida militar autoritaria, aunque políticamente progresista; v) en fin, crisis de las ideologías obreristas mismas: la integración a la vida industrial de un proletariado reciente de origen rural, juntamente con el desarrollo económico que infunde a la clase obrera una gravitación creciente en la sociedad y en la política, dan nacimiento a nuevas alternativas ideológicas. El proletariado proveniente del interior del país trae consigo una ideología paternalista "popular" que, cualesquiera fueran sus limitaciones en otros planos, está libre del reduccionismo economicista y clasista de las concepciones obreras tradicionales, a la vez que, en el interior de la vieja clase trabajadora, la experiencia del régimen conservador se expresa en una desconfianza cada vez mayor respecto de las virtudes del liberalismo (de Ipola, pp. 114-115).

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Se verifica de este modo una progresiva desarticulación de los elementos constitutivos de las diferentes ideologías, conforme se acentúa la declinación de la hegemonía oligárquica y de la ideología dominante. Cito a Laclau:

> "...las interpelaciones democráticas son cada vez menos integrables en la ideología liberal. Para el nacionalismo autoritario resulta cada vez menos obvia la posibilidad de ser a la vez antidemocrático y antiliberal... surge una posibilidad anteriormente inexistente: un autoritarismo democrático. Finalmente, reduccionismo clasista e ideología obrera dejan de estar en correlación necesaria y surge la posibilidad de un populismo obrero. Esta desarticulación significa, entre otras cosas, que la capacidad del bloque de poder de neutralizar sus contradicciones con el pueblo ha disminuido; en el roto y turbio espejo de las formas ideológicas liberales, nuevas e inesperadas combinaciones han pasado a ser posibles. Esta es la brecha que abría, a nivel ideológico, la posibilidad del populismo" (Laclau, p. 221).

Esa posibilidad se realiza con el peronismo. En efecto, el peronismo logra obtener la hegemonía en el terreno ideológico, recomponiendo en un nuevo conjunto estructurado y relativamente sólido, el "elemento" popular-democrático con los "elementos" nacionalistas autoritarios, antiliberales, antioligárquicos y antiimperialistas dispersos en dicho terreno, sobre la base de un proyecto clasista en correspondencia con los intereses del capitalismo nacional.

En esa rearticulación de diferentes interpelaciones, el elemento específicamente populista, es decir, el elemento que Laclau llama "popular-democrático" es clave: constituye el "enjeu" principal del combate ideológico. Esta tesis, de alcance general, es especialmente válida en el caso del peronismo. Por eso, Laclau presta particular atención al intento del discurso de Perón de hacer suyo el símbolo "democracia", levantado por la oposición, y capitalizarlo en beneficio propio. La hegemonía ideológica se decide en esa disputa crucial. El peronismo triunfó porque tuvo la inteligencia de comprender el carácter decisivo de esa disputa —y de ganarla.

Tal es, en lo esencial, la interpretación que ofrece Laclau del peronismo. Del mismo modo que las anteriormente expuestas, esta interpretación ha sido objeto de comentarios y críticas. En lo que respecta a estas últimas, en su gran mayoría apuntan a señalar lo que aparece como una clara y compartida insuficiencia de casi todos los análisis del populismo y, en particular, del fenómeno peronista, pero que, en el caso de Laclau (en la medida misma en que otorga primacía a la dimensión simbólica del fenómeno en cuestión), reviste mayor acuidad. Se trata de lo siguiente: si por un lado puede aceptarse que la interpretación de Laclau da cuenta de las principales condiciones ideológicas de posibilidad del surgimiento del populismo peronista, por otra, es preciso concluir que dicha interpretación pasa por alto un fenómeno de primera importancia, común a todos los regímenes y movimientos populistas exitosos: la presencia de una elite y/o de un líder carismático que conducen verticalmente al movimiento y cuyo poder, como lo prueba claramente el peronismo, excede ampliamente cualquier doctrina o concepcion ideológica preestablecidas.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

Cabe por ello mismo preguntarse, aún reconociendo la importancia de lo simbólico y de lo imaginario popular en el origen y posterior desarrollo del peronismo, si la audaz decisión teórica de confinar a este último en la clase de los fenómenos de naturaleza ideológica no acaba por resultar menos rentable que una alternativa más moderada o, si se quiere, más clásica. Si el peronismo fuera un fenómeno esencialmente ideológico, ¿cómo explicar una de sus características quizás más peculiares, esto es, que una vez sólidamente instalado en el poder no tuvo ningún inconveniente en readaptar sus principios cada vez que fue necesario o simplemente conveniente para la salud política del movimiento y del caudillo que lo lideraba? Que esa readaptación no era arbitraria y tenía límites es cierto; pero esos límites no eran inmanentes a la ideología peronista: los planteaba la necesidad de mantener una cierta coherencia entre el líder, el movimiento y las bases sociales de ambos. Pero introducir en la descripción y la explicación del peronismo esos factores (el líder, el movimiento —y por tanto la organización sindical y la política—, las "bases sociales") y otros, como la situación económica que posibilitó las medidas redistributivas del primer gobierno peronista, equivale a apartarse de las coordenadas teóricas dentro de las cuales encuadra Laclau al peronismo y a todo fenómeno populista[19].

No obstante, estas críticas no invalidan los aportes del análisis de Laclau. Por el contrario, permiten definir —y, con ellos, resaltar— lo que esos aportes tienen de específico y de novedoso. Es inexacto que el peronismo haya sido (y sea) un fenómeno exclusivamente ideológico; pero es cierto que, en sus orígenes y en su posterior consolidación, los aspectos significantes y, más específicamente, los ideológicos estuvieron siempre presentes, ya como fundamento del liderazgo carismático, ya como fuente de inspiración del discurso político peronista, en fin, ya como causa de contradicciones y conflictos en el interior del peronismo mismo. Contradicciones y conflictos que, en buena medida, perduran hasta hoy. Ello es así porque, como bien dice Laclau, el peronismo supo rescatar y articular ciertos elementos dispersos en el espacio ideológico, haciendo con ellos una síntesis que pronto reveló su extraordinaria eficacia. Pero esos elementos (autoritarismo, democracia, nacionalismo, militarismo, antiimperialismo) que preexistían como fragmentos liberados de ideologías en crisis tenían el evidente defecto de entrar a menudo en contradicción, no tanto por sus contenidos "literales", sino por los intereses conflictivos de quienes eran sus ocasionales portadores. Eso hizo que la "articulación" a que se refiere Laclau haya sido de entrada una articulación endeble y potencialmente explosiva. Sólo el liderazgo indiscutido del caudillo logró mantener la unidad entre las piezas del "puzzle": una unidad que era más de coexistencia que de verdadera armonía.

Pero estas consideraciones son anticipatorias. Lo que ahora querríamos destacar es esa "preexistencia" de símbolos, temas, consignas, valores e inter-

[19] En la actualidad Laclau ha reformulado su problemática teórica en aspectos esenciales. Con lo cual ha aportado material valioso para nuevas discusiones y nuevas convergencias. No creo que podamos retomar ya el debate sobre el peronismo y el populismo en los mismos términos en que se planteó originalmente.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

pelaciones a que se refiere Laclau y que, nuevamente, refuerzan nuestra hipótesis del comienzo sobre los rasgos de continuidad existentes entre el peronismo y su pasado, esta vez en el plano de lo ideológico. Pensamos que el haber llamado la atención sobre este punto constituye el aporte más valioso de Laclau.

5. Conclusión: el lugar del peronismo

Con la inclusión de la ideología en el recorrido efectuado a partir de la hipótesis inicial doy por concluida la etapa de revisión de interpretaciones. He señalado ya que dicha revisión no buscaba ser exhaustiva. Quisiera volver, antes de entrar en materia, sobre este carácter parcial (aunque, como dije al comienzo, no arbitrario) del conjunto de interpretaciones escogido. Dos puntos, en mi opinión, necesitan ser aclarados; ambos remiten a posibles objeciones al enfoque adoptado en el desarrollo precedente.

La más visible —y quizás la menos interesante— de esas objeciones afecta a la relación entre la hipótesis de partida y las interpretaciones analizadas. Aún cronológicamente dispuestas, tales interpretaciones cubren —según confesión propia— sólo una parte del amplio espectro de teorizaciones existentes sobre el fenómeno peronista. Ahora bien, si dicha hipótesis, que afirma en particular el progresivo predominio de los rasgos "continuistas" respecto de los de "ruptura" pretendiera valer exclusivamente para las interpretaciones aquí escogidas, no sólo perdería interés, sino que, además, el enfoque entero incurriría en una suerte de tautológica circularidad, cercana a la petición de principio. Si, por el contrario, dicha hipótesis aspirara a una validez general o, simplemente, afirmara la existencia de un movimiento tendencial que afectaría a la mayoría de las interpretaciones, los tres o cuatro ejemplos analizados aquí resultarían manifiestamente insuficientes para dar por comprobada tal afirmación.

Creo no ofender a nadie —salvo en todo caso a mí mismo, que la he formulado— si sostengo que esa objeción, además de ser formal en una de las malas acepciones de la palabra, desconoce el sentido de la indagación aquí intentada. En efecto, por una parte, podría sin gran dificultad ponerme al abrigo de la crítica en su aspecto formal diciendo simplemente que no pretendí verificar, sino sólo ofrecer algunos elementos de plausibilidad a la hipótesis en cuestión de modo tal de abrir camino a un segundo momento situado resueltamente en un contexto de verificación. Entiendo sin embargo que sería ésa una respuesta poco sincera y completamente improductiva (sobre todo, si se la formulara —como sería ahora el caso— en las latitudes de una conclusión).

En realidad, el itinerario que he querido seguir es al mismo tiempo más modesto y más ambicioso. Podría formularse en estos términos: examinar la tesis de la (relativa) continuidad histórica del peronismo con respecto al período que lo precedió —tesis contrastante con las discrepancias teóricas de quienes, de diversas maneras, la sustentaron— a través del análisis de tres o cuatro interpretaciones a las que, cada una en su registro (político,

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

social e ideológico) cabe calificar de "ejemplares". ¿Qué entendemos por interpretación "ejemplar"? Simplemente, aquellas alrededor de las cuales giran, en cada nivel, todas —o al menos la gran mayoría— de las otras interpretaciones[20]. Dicho de manera aún más sencilla: creo muy difícil elaborar una propuesta atendible de interpretación del peronismo como fenómeno ideológico sin abordar en detalle, y eventualmente enfrentar, las tesis formuladas al respecto por Laclau. Lo mismo cabría decir, a nivel sociológico, de la interpretación de Murmis y Portantiero y aún más de la de Germani —la cual, según indiqué antes, desempeña un papel de referencia central para prácticamente la totalidad de las interpretaciones.

Dejo por el momento los interrogantes epistemológicos que podrían plantearse respecto del estatuto de ese "protagonismo". Su realidad me parece en todo caso innegable. Ahora bien, si ello es así, la objeción antes formulada resulta claramente no pertinente. Ya que no se trata ni de plantear ni de evitar una generalización, operaciones que sólo tendrían sentido en virtud de una óptica "estadística" acerca de las interpretaciones, sino de marcar —como dije— una cierta tendencia detectable en un subconjunto privilegiado de aquéllas.

La segunda objeción remite a problemas más delicados, pero también más interesantes. Podría ser formulada en los términos siguientes: la precedente revisión de interpretaciones se cierra, bien miradas las cosas, con un extraño saldo. En efecto, las conclusiones que de ella parecen imponerse deberían llevarnos a redefinir, al menos en principio, nuestro objeto, modificando el ángulo de visión de modo tal de abarcar un período bastante más extenso que el originalmente previsto. Un período que arrancaría alrededor de 1930 y llegaría por lo menos hasta el fin del primer peronismo.

Ocurre sin embargo que este cambio de perspectiva "temporal" plantea inmediatamente un difícil interrogante: ¿se trata de remontarse hacia el pasado con el solo fin de comprender mejor el fenómeno peronista —el cual de este modo conservaría su especificidad y su consistencia—, o se trata por el contrario de tomar distancias para captar, más allá de las apariencias y de nuestras convicciones y creencias, otro objeto que no es aquel que suponíamos, un objeto diferente, que no explica, sino que reemplaza al objeto inicial y pone al descubierto su no pertinencia? ¿Deberemos concluir increíblemente que ese peronismo cuya naturaleza queríamos capturar no es mucho más que un objeto alucinatorio, una ilusión de nuestra percepción en tanto actores sociales?

No creo poder responder a este interrogante de manera directa, quiero decir, sin hacer algún rodeo e incluso sin retomar alguna decisión previa adoptada en este análisis. Trataré de cumplir esos requisitos en los términos más escuetos posibles. De todos modos, señalo desde ya que mi respuesta al interrogante en cuestión será —obviamente— negativa.

El primero de los puntos a encarar remite nuevamente al tipo de interpretaciones escogidas. No es difícil advertir que todas ellas comparten un

[20] Y de los comentarios, objeciones, rectificaciones, etcétera, que unas y otras suscitan.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

rasgo común, a saber, ninguna se presenta como una interpretación "comprometida", militante en sentido estricto, del peronismo. Dicho de otro modo, cada una de ellas —incluida la de Germani, sin duda la menos neutral— ha procurado guardar una distancia mínima, aunque siempre suficientemente nítida, respecto del fenómeno analizado, *de modo tal de asegurarse en la medida de lo posible no formar parte de él, no ser —además de una teorización— un episodio más de la historia del peronismo (incluido su opuesto complementario, el antiperonismo)*[21].

Quisiera precisar mejor lo que entiendo por tal distanciamiento. No se trata de afirmar que sería imposible inferir determinadas tomas de posición de las interpretaciones analizadas, ni tampoco exactamente de sostener que ellas carecen de juicios de valor (favorables o desfavorables) respecto del fenómeno peronista. Dichos juicios son harto explícitos en la interpretación de Germani y también en la de Ramos; asimismo, es fácil descubrir en filigrana una valoración positiva de aspectos centrales del peronismo en Murmis y Portantiero. Y, por último, si en principio las tesis de Laclau parecen más neutrales, ello se debe a que, en su enfoque, juicios positivos y juicios negativos se equilibran. Recuérdese que para Laclau el peronismo es una variante del populismo caracterizada por el hecho de que desarrolla sólo de manera limitada, aunque no inefectiva, la contradicción que lo constituye como tal.

Lo que importa, sin embargo, es que ninguna de esas valoraciones forma parte "orgánicamente" de las interpretaciones en cuestión. Son inesenciales y exteriores a cada una de ellas. Evidentemente, esta circunstancia las diferencia de las interpretaciones panfletarias, pero también de otras (por ejemplo, la de Fermín Chávez, en un polo, y la de Benito Marianetti, en el otro) que, aún superando el nivel del mero alegato partidario, están construidas de modo tal que hace a su textura misma incluir una evaluación política —y a menudo también ética— del fenómeno peronista[22].

Señalo este hecho, para relacionarlo inmediatamente con otro, ya mencionado, a saber, que, con énfasis diferentes en cada caso, todas las interpretaciones aquí expuestas enmarcan su objeto de análisis en el mediano o largo plazo; ninguna acepta circunscribirse al período efectivamente cubierto por el régimen peronista. Este hecho no tiene nada de extraño: en la medida en que cada una de ellas quiere destacar —con diferentes grados de intensidad— ciertos rasgos de continuidad del peronismo con la etapa que lo precedió, es lógico que opte por abarcar un período amplio.

Dicho esto, vale la pena llamar la atención sobre la circunstancia siguiente: no existe ninguna razón para dar primacía al largo plazo sobre el

[21] Con el primer peronismo se (re)instaura en el país un modo de antagonismo político "no laico" del que forma constitutivamente parte su opuesto, el antiperonismo. Uno es impensable sin el otro.

[22] La del dirigente comunista Benito Marianetti retoma, aunque engarzándolos argumentativamente de un modo diferente —"comprometido"—, elementos importantes de la interpretación ortodoxa. Fermín Chávez narra, a veces con vivacidad y buena información, la historia del peronismo, utilizando sistemáticamente una suerte de "futuro anterior properonista" (Marianetti, 1963; Chávez, 1984 a y b).

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

corto ni a la búsqueda de causas sobre la narración de un acontecimiento o una serie de acontecimientos. François Furet tiene razón cuando cuestiona cualquier privilegio de principio que se acordara a la "larga duración" (Furet, 1980, pp. 30-31). Y, sin embargo, por lo menos en el caso del peronismo, la mayoría de las interpretaciones que se atienen al "corto plazo" tiende a resolverse rápidamente en una apología del régimen o en una diatriba contra él. Un mínimo sentido analítico parece obligar a extender en este caso el marco cronológico. Esto es, al menos, lo que muestran las interpretaciones "ejemplares" que aquí hemos examinado.

Entiendo que es posible enhebrar la conclusión parcial en que desemboca la precedente digresión con la pregunta que suscitó a esta última. ¿Qué es del objeto "peronismo" cuando su inteligibilidad obliga a exceder el lapso en que los actores sociales y algunos intérpretes lo circunscriben? La historia, dicen muchos, es una sabia mezcla de narración y análisis. Creo que esta afirmación es válida para el conjunto de las ciencias sociales, siempre que se entienda al vocablo "narración" en un sentido laxo y se añada que, en esa mezcla, los papeles epistemológicos de cada uno de los ingredientes pueden y suelen variar.

En Germani, los antecedentes del peronismo operan sobre todo como condiciones y factores restrictivos; en Murmis y Portantiero, se presentan más bien como testimonios de una continuidad; en Laclau, son, se diría, materiales de trabajo para la construcción del fenómeno peronista mismo. Tienden en el primer caso a esbozar una explicación causal; en el segundo, a tornar inteligibles conductas en base a una cierta teorización y una cierta narración que, ambas, enfatizan polémicamente la racionalidad de los actores: de allí que los datos y análisis de Murmis y Portantiero puedan interpretarse como elementos explicativos en sentido tradicional y también en un sentido diferente: puntuando ciertos hechos buscan desanudar una trama social e histórica y la explicación proviene no tanto de causas sino de acontecimientos reveladores de la lógica inherente a un relato determinado; en Laclau, la inteligibilidad del objeto "peronismo" definido éste en clave ideológica, remite al pasado para conjurar la idea de una ruptura discursiva absoluta. Lo nuevo en el peronismo sería su nueva manera de articular lo viejo, esto es, los "elementos" ideológicos heredados, aunque sin ignorar la profunda novedad que conlleva esa articulación.

Con lo anterior, estamos queriendo decir que ninguna de las interpretaciones examinadas desconoce la especificidad del peronismo (aunque cada una la define a su manera) ni olvida distinguir entre el fenómeno a elucidar y el corte cronológico requerido para tal elucidación. Por cierto, ninguna de ellas coincide en cuanto a la significación, en términos de operaciones de conocimiento, de esa distinción. De allí que la caracterización del objeto "peronismo" y el reconocimiento de su especificidad, aún presente en todas, sea en todas diferente. Sin perjuicio, empero, de las referencias a antecedentes y causas políticas, a la historia social previa, o bien a los símbolos y valores puntuales que el desmembramiento de las ideologías tradicionales deja disponibles, también todas las interpretaciones reconocen al peronismo su originalidad como momento de innovación política y cul-

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

tural y, en la misma medida, como repentina promoción de los actores sociopolíticos al rol protagónico y despliegue de secuencias inéditas, no previstas, de acontecimientos (Torre, 1982, pp. 3-4; Furet, pp. 37-42). En tal sentido, los autores cuyas teorías he revisado saben bien que "comprender" al peronismo requiere tratar honestamente de hacer justicia a aquello que persevera de lo heredado y a aquello que emerge como innovación.

Ocurre sin embargo que es justamente en ese balance donde suelen diferir. Desde el punto de vista de la creación de conocimientos, creo posible entender la razón de esas diferencias (aunque no anularlas ni, menos aún, proponer una interpretación nueva). En todo caso, de la lectura de las que he analizado se pueden desgajar algunas lecciones. Por ejemplo, retomando el enfoque de Furet —y parafraseándolo parcialmente—, puede decirse que el "peronismo" nace de la intersección de varias series de acontecimientos de naturaleza muy diferente, puesto que a una situación social con rasgos complejos (de la cual los avatares de la historia del sindicalismo, sobre todo a partir de los años '30, y, en especial, los vaivenes que sufre la relación entre los sindicatos y Perón durante 1944 y parte de 1945 son una ilustración elocuente) hay que añadir, luego del golpe de Estado de 1943, la crisis política que, ya latente desde mediados de 1944, se desencadena abiertamente en los primeros días de octubre de 1945 con la separación de Perón de todos sus cargos. Como se sabe, ese proceso complejo tiene su primer punto culminante —a la vez social y político— en la jornada del 17 de octubre de 1945. Muchos otros vendrán después, a partir de este viraje inicial y decisivo. Es esta intersección de series heterogéneas lo que hace problemático el recorte del objeto "peronismo", objeto que, además, será transformado por el imaginario peronista, especialmente durante el primer peronismo, en el producto necesario de la lucha y del triunfo de los "descamisados" sobre la "oligarquía", o bien al del contrario —según el imaginario antiperonista—, en la opresión del "totalitarismo nazifascista" sobre la "libertad" y la "democracia".

A su vez, influidas por esos imaginarios y por las ilusiones retrospectivas que alimentan —pero también contra esa influencia— las interpretaciones del peronismo se desarrollan, tratando de hallar criterios para decidir frente a la doble tensión que opone, por una parte, la acción y las iniciativas concretas de los actores a sus representaciones ideológicas y, por otra, la búsqueda de la continuidad a la afirmación de la ruptura. Importa empero subrayar que, aún provisional, el resultado no es nulo ni mucho menos: hoy conocemos al peronismo harto mejor que —digamos— en 1955. Y, en términos más amplios, no de otro modo que a través de esa continua y abierta producción polémica —tan bien ilustrada por las interpretaciones que hemos examinado— ha podido avanzar el conocimiento en las ciencias sociales y humanas.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

BIBLIOGRAFIA

COHEN, Gerald A. (1984): *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Siglo XXI Eds.- Fundación Pablo Iglesias, Madrid.

CHAVEZ, Fermín (1975 y 1984 a): *Perón y el peronismo en la historia contemporánea*, vols. I y II, Ed. Oriente, Buenos Aires.

CHAVEZ, Fermín (1984 b): *Perón y el justicialismo*, CEAL, Buenos Aires.

DE IPOLA, Emilio (1982): *Ideología y discurso populista*, Folios eds., México.

DI TELLA, Torcuato (1965): "Populism and Reform in Latin American", en C. VELIZ (comp.): *Obstacles to Change in Latin American*, Oxford University Press, Londres.

DI TELLA, Torcuato (1988): *Sociología de los procesos políticos*, Ed. Eudeba, Buenos Aires.

DOYON, Louise (1984): "La organización del movimiento sindical peronista", en *Desarrollo Económico*, Nº 94, Buenos Aires, julio-setiembre.

FURET, François (1980): *Pensar la Revolución Francesa*, Ediciones Petrel, Barcelona.

GAUDIO, Ricardo, y PILONE, Jorge (1988 a): "El desarrollo de la negociación colectiva durante la etapa de modernización industrial en la Argentina 1935-1943", en Juan Carlos TORRE (comp.): *La formación del sindicalismo peronista*, Ed. Legasa, Buenos Aires.

GAUDIO, Ricardo, y PILONE, Jorge (1988 b): "Estado y relaciones laborales en el período previo al surgimiento del peronismo", en Juan Carlos TORRE (comp.): *La formación del sindicalismo peronista*, Ed. Legasa, Buenos Aires.

GERMANI, Gino (1965 a): "Transition to a Mass Democracy in Argentina", en *Contemporary Cultures and Societies of Latin America*, Dwight HEATH y Richard ADAMS (comps.), Nueva York.

GERMANI, Gino (1965 b): "Clases populares y democracia representativa", en *La industrialización en América Latina*, Joseph KAHL (comp.), México D. F.

GERMANI, Gino (1968): *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.

GERMANI, Gino (1973): "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos", en *Desarrollo Económico*, Nº 51, octubre-diciembre.

HALPERIN DONGHI, Tulio (1975): "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos", en *Desarrollo Económico*, Nº 56, vol. 14, enero-marzo.

HEMPEL, Carl H. (1971): "The Logic of Functional Analysis", en M. BRODBECK (ed.): *Readings in the Philosophy of the Social Sciences*, Londres.

KENWORTHY, Eldon (1973): "The Function of the Little-Known Case in Theory Formation, or what Peronism Wasn't", *Comparative Politics*, Nº 6, octubre.

KENWORTHY, Eldon (1975): "Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo", en *Desarrollo Económico*, Nº 56, enero-marzo.

LACLAU, Ernesto (1978): *Política e ideología en la teoría marxista*, Siglo XXI Eds., Madrid.

LITTLE, Walter (1979): "La organización obrera y el Estado peronista", en *Desarrollo Económico*, Nº 75, Buenos Aires, octubre-diciembre.

MARIANETTI, Benito (1963): *Argentina, realidad y perspectivas*, Buenos Aires, 1963.

MERTON, Robert K. (1957): *Teoría y estructura sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.

MIGUENS, José Enrique (1988 a): "Actualización de la identidad justicialista", en MIGUENS, José Enrique, y TURNER, Frederick C.: *Racionalidad del peronismo*, Ed. Planeta, Buenos Aires.

MIGUENS, José Enrique (1988 b): "Las interpretaciones intelectuales del voto peronista: los prejuicios académicos y las realidades", en MIGUENS, José Enrique, y TURNER, Frederick C.: *Racionalidad del peronismo*, Ed. Planeta, Buenos Aires.

MURMIS, Miguel, y PORTANTIERO, Juan Carlos (1969): *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI Eds., Buenos Aires, 1969.

PASQUINO, Gianfranco (1979): "Populismo", en *Il mondo contemporaneo*, vol. VI: *Storia dell' America Latina*, a cargo de Marcello CARMAGNANI, La Nueva Italia ed., Florencia.

PEÑA, Milcíades (1971): *Masas, caudillos y elites (La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón)*, Ediciones Fichas, Buenos Aires.

RAMOS, Jorge Abelardo (1957): *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Editorial Amerindia, Buenos Aires.

SMITH, Peter H. (1972): "The Social Base of Peronism", en *Hispanic American Historical Review*, Nº 52, febrero.

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions

TORRE, Juan Carlos (1975): "La C.G.T. y el 17 de octubre de 1945", en *Todo es Historia*, Nº 105, Buenos Aires, febrero.

TORRE, Juan Carlos (1982): "Algunas reflexiones luego del estudio sobre los orígenes del peronismo", charla en el P.E.H.E.S.A., noviembre de 1982, a ser publicada próximamente por revista del Instituto de Investigaciones Históricas E. Ravignani; Universidad de Buenos Aires.

TORRE, Juan Carlos (1989): "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", en *Desarrollo Económico*, Nº 112, vol. 28, enero-marzo.

RESUMEN

El artículo pasa revista a algunas de las principales interpretaciones del peronismo, poniendo el acento en la manera en que dichas interpretaciones conciben y en ciertos casos explican los vínculos, ya de ruptura, ya de continuidad, que ligan peronismo con su inmediato y, a veces, mediato pasado. Retomando los clásicos aportes de Gino Germani y Torcuato Di Tella, los de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, los de Ernesto Laclau, y otros, se intenta, por una parte, mostrar cómo las diversas opciones interpretativas —hechas en términos, ya de "ruptura", ya de "continuidad"— afectan centralmente la caracterización del peronismo que cada teoría propone.

Por otra parte, escogiendo deliberadamente interpretaciones que, aún con precauciones y matices, dan primacía a una dimensión de análisis sobre las otras (la variable política *en Germani, la* sociológica *en Murmis-Portantiero, la* ideológica *en Laclau) se busca "balizar" las tres principales perspectivas con arreglo a las cuales es habitualmente enfocado el fenómeno peronista, de modo tal de mostrar la pertinencia, en cada una de ellas, de la interrogación sobre dicho fenómeno con arreglo a la oposición "ruptura" vs. "continuidad".*

This content downloaded from 142.51.1.212 on Fri, 04 Mar 2016 12:51:03 UTC
All use subject to JSTOR Terms and Conditions